



CAPÍTULO III

La Acción



el pueblo ¿qué idea tenía?

También el pueblo había sufrido en cierta medida la influencia de la filosofía del siglo. Por mil canales indirectos se habían filtrado los grandes principios de libertad y de emancipación hasta los suburbios de las grandes ciudades, desapareciendo el respeto a la monarquía y a la aristocracia. Las ideas igualitarias penetraban en los medios más oscuros; resplandores de rebeldía iluminaban las inteligencias, y la esperanza de un cambio próximo hacía latir con frecuencia los corazones más humildes.—«No sé qué va a suceder, pero va a suceder algo, y pronto, decía en 1787 una anciana a Arthur Young, que recorría Francia en la víspera de la Revolución. Ese «algo» había de traer un consuelo a las miserias del pueblo.

Se ha discutido últimamente la cuestión de saber si el movimiento que precedió a la Revolución y la Revolución misma contenía un elemento de socialismo. La palabra «socialismo» no formaba parte de ella seguramente, puesto que data de la mitad del siglo XIX. La concepción del Estado capitalista, a que la fracción social-demócrata



PASATIEMPOS ARISTOCRÁTICOS — LA PARTIDA DE WISCH

del gran partido socialista trata de reducir hoy el socialismo, no dominaba como domina hoy, puesto que los fundadores del «colectivismo» social-democrático, Vidal y Pecqueur, escribieron entre 1840 y 1849; pero no pueden hoy leerse las obras de los escritores precursores de la Revolución sin admirar la manera con que aquellos escritos están imbuidos de las ideas que forman la esencia misma del socialismo moderno.

Dos ideas fundamentales: la de la igualdad de todos los ciudadanos en sus derechos a la tierra, y la que conocemos hoy con el nombre de *comunismo*, encontraban ardientes partidarios entre los enciclopedistas, lo mismo que entre los escritores más populares de la época, tales como Mably, D'Argenson y muchos otros de menor importancia. Es muy natural que hallándose entonces la industria en pañales, y siendo entonces *la tierra* y no la fábrica, apenas constituida, el *capital* por excelencia, el instrumento principal de explotación del trabajo humano, el pensamiento de los filósofos y después el de los revolucionarios del siglo XVIII se dirigiera hacia la *posesión en común del suelo*. Mably, que, mucho más que Rousseau, inspiró los hombres de la Revolución, ¿no pedía, en efecto, desde 1768 (*Dudas sobre el orden natural y esencial de las sociedades*) la igualdad para todos en el derecho



al suelo y la posesión comunista del suelo? Y el derecho de la nación a todas las propiedades territoriales y a todas las riquezas naturales: bosques, ríos, saltos de agua, etc., ¿no era la idea dominante de los escritores precursores de la Revolución, lo mismo que del ala izquierda de los revolucionarios populares durante la tormenta misma?

Por desgracia esas aspiraciones comunistas no tomaban una forma clara y concreta en los pensadores que querían la felicidad del pueblo. Mientras que en la burguesía instruída las ideas de emancipación se traducían por un programa completo de organización política y económica, no se presentaban al pueblo más que bajo

la forma de vagas aspiraciones las ideas de emancipación y de reorganización económicas, y frecuentemente no eran más que simples negaciones. Los que hablaban al pueblo no trataban de definir la forma concreta en que aquellas aspiraciones o aquellas negaciones podrían manifestarse. Hasta se creería que evitaban precisar. Conscientemente o no, parece como si se hubieran dicho: «¡A qué hablar al pueblo de cómo se organizará después! Eso enfriaría su energía

revolucionaria. Tenga solamente la fuerza de ataque, para dirigirse al asalto de las instituciones caducas. Después trataremos de arreglarlo todo.»

¡Cuántos socialistas y anarquistas proceden todavía de la misma manera! Impacientes por acelerar el día de la rebeldía, tratan de teorías adormecedoras toda tentativa de aclarar lo que la Revolución ha de plantear.

Conviene decir también que entraba por mucho la ignorancia de los escritores, en su mayoría habitantes de ciudades y hombres de estudio. En toda aquella reunión de hombres instruidos y

prácticos en los «negocios» que constituyó la Asamblea Nacional —hombres de ley, periodistas, comerciantes, etc.—, sólo había dos o tres legistas que conociesen los derechos feudales, y sabido es que en aquella Asamblea hubo muy pocos representantes de los campesinos, familiarizados con las necesidades rurales por su experiencia personal.

Por esas diversas razones la idea popular se expresaba principalmente por simples negaciones.—«¡Quememos los registros en que se consignan las deudas feudales! ¡Abajo los diezmos! ¡Muera madama



LOS HIJOS DEL CONDE DE ARTOIS
Y SUS AYAS

(El traje de la época)

Veto! ¡A la linterna (1) los aristócratas!» ¿Pero a quién correspondía la tierra libre? ¿A quién la herencia de los aristócratas guillotinado? ¿A quién la fuerza del Estado que caía de las manos de monsieur Veto, pero que en las de la burguesía se convertía en una potencia mucho más formidable que bajo el antiguo régimen?

Esa falta de claridad en las concepciones del pueblo sobre lo que podía esperar de la revolución marcó su huella en todo el movimiento. En tanto que la burguesía marchaba con paso firme y decidido a la constitución de su poder político en un Estado que trataba de modelar conforme con sus intenciones, el pueblo vacilaba. En las ciudades principalmente parecía no saber al principio qué podría hacer con el poder conquistado para utilizarle en su ventaja. Y cuando comenzaron después a precisarse los proyectos de ley agraria y de igualación de las fortunas, se estrellaron contra todas las preocupaciones sobre la propiedad de que estaban imbuídos los mismos que habían aceptado con sinceridad la causa del pueblo.

El mismo conflicto se produjo en las concepciones sobre la organización política del Estado, el cual se manifestó en la lucha que se estableció entre las preocupaciones gubernamentales de los demócratas de la época y las ideas que se desarrollaban en el seno de las masas sobre la descentralización política y sobre el carácter preponderante



MARÍA ANTONIETA A LA LINTERNA

(Amenazadora caricatura)

(1) Durante las sangrientas escenas de la Revolución se ahorcaron muchos aristócratas, utilizándose para tales ejecuciones los faroles del alumbrado público. De ahí que la frase «los aristócratas a la linterna» significa a la horca.—N. del T.

que el pueblo quería dar a sus municipios, a sus secciones en las grandes ciudades y a las asambleas rurales. De ahí toda la serie de conflictos sangrientos que estallaron en la Convención, y también la incertidumbre de los resultados de la Revolución para la gran masa popular, excepto en lo concerniente a las tierras de que se despojó a los señores laicos y religiosos libertadas de los derechos feudales.

Pero si las ideas del pueblo eran confusas desde el punto de vista positivo, eran, por el contrario, muy claras en sus negaciones respecto de ciertas relaciones.

Ante todo, el odio del pobre contra toda la aristocracia ociosa, holgazana, perversa, que le dominaba, cuando la miseria negra reinaba en los campos y en los sombríos callejones de las grandes ciudades. Después el odio al clero, el cual pertenecía por sus simpatías más a la aristocracia que al pueblo a que debía la vida. El odio a todas las instituciones del antiguo régimen, que hacían la pobreza mucho más pesada, puesto que negaban al pobre los derechos humanos. El odio al régimen feudal y a sus censos que reducía al labrador a un estado de servidumbre respecto del propietario territorial, cuando la servidumbre personal había sido abolida. Y, por último la desesperación del campesino, cuando en aquellos años de escasez veía la tierra que permanecía inculca en poder del señor o sirviendo de recreo a los nobles cuando el hambre reinaba en las villas y en las aldeas.

Ese odio, que fermentaba hacía mucho tiempo, a medida que el egoísmo de los ricos se afirmaba cada vez más en el curso del siglo XVIII, y esa *necesidad de la tierra*, ese grito del campesino hambriento y rebelde contra el señor que le impedía el acceso a ella, suscitaron el espíritu de rebeldía desde 1788. Y ese mismo odio y esa misma necesidad—con la esperanza de lograr buen éxito—, sostuvieron durante los años 1789-1793 las incesantes rebeldías de los campesinos, que permitieron a la burguesía derribar el antiguo régimen y organizar su poder bajo un régimen nuevo, el del gobierno representativo.

Sin esas rebeliones, sin esa desorganización completa de los poderes en provincia, producido a consecuencia de los motines renovados

sin cesar; sin esa prontitud del pueblo de París y de otras ciudades en armarse y marchar contra las fortalezas de la monarquía, cada vez que se hizo el llamamiento al pueblo por los revolucionarios,



EL PUEBLO VENCEDOR DE LA MONARQUÍA

el esfuerzo de la burguesía hubiera fracasado. Pero también se da el caso de que a esa fuente viva siempre de la Revolución, al pueblo, siempre dispuesto a tomar las armas, los historiadores de la Revolución no han hecho todavía la justicia que le debe la historia de la civilización.

